

rentina era mi sobrina, y aunque la pobre no se guardó mucho de su honra, no está bien que por boca de una parienta cercana se publiquen sus milagros nada edificantes. Figúrate si yo me habré apresurado á decir á Candela que el chico no es tuyo; pero si no digo que es de Laurentina, y el decirlo me repugna, ¿cómo la explico esa tutoría tuya, ese cariño, esos cuidados, esas visitas de los domingos, ese apellido de Riquez que el niño lleva y ese nombre de papá que te da? ¿Te atreverás á explicárselo tú? Porque, si bien no falta quien sepa la verdad, lo más general es la duda, y Candela es de las que dudan. Al demonio también se le ocurre cargar con el mochuelo en la forma que tú lo has hecho... No, yo no te censuro, pero hay diversos medios de cumplir con el deber... Hay asilos... El egoísmo bien entendido, no mal practicado, es ley de la vida...

— La señora Candela — respondí yo con firmeza — puede dudar todo lo que quiera. No tengo obligación de explicarla nada, puesto que con su hija nada me liga. Cuando llegue el caso, le diré la verdad, porque yo soy hombre de verdad, y si mi buena acción es causa de que mi soñada boda se deshaga, me asistirá el amargo derecho de decir que una buena acción cuesta tanto ó más que una mala, y que en esto, como en todo, de mi bondad procede mi desventura. De acuerdo con usted, Sandalita, en cuanto al sermoneo anterior, voy á pedirla un favor señaladísimo.....

— ¡Hombre!, ¿un favor? — dijo mi hermosa tía riendo.



Ya sabes lo que te digo y por qué te lo digo

— El que me permita usted presentarme ebrio en la tertulia y soltar todas las atrocidades que se me ocurran... para indemnizarme del fiasco de esta noche. ¿Qué apostamos á que lo desbanco á Maltancito y de-jo flechado cierto corazón indiferente?

— ¡Anda, bromista! — exclamó mi tía empujándome cariñosamente; — ya sabes lo que te digo y por qué te lo digo. Tú me entiendes...

No parecí por el salón de Tejera lo menos en ocho días, que pasé más corrido que una mona. Viéndome tan desmejorado, la excelente Sara me ofrecía como la mejor receta el matrimonio, porque joven tan bueno, tan decente, tan... Y aquí la antipática retahila de cualidades, que me alteraba la paciencia hasta rechazarla con enfado.

— Mira, si quieres darme gusto, me llamas indecente, sinvergüenza...

Lo que escandalizaba grandemente á la mulata.

— ¡Usted, niño Juanito!, ¡un ángel propio para los altares!

¡Dale! Como aquella santa de la leyenda, que afeó su rostro con líquido corrosivo para que su belleza no fuera ocasión de pecado, hubiera deseado arrancarme de aquí dentro todo lo que daba que reír á los tertulianos de mi tía, á misia Candela y á Delfina. ¿Por qué no habla de ser yo como los demás?

Y mientras tan tristes pensamientos me devoraban, el niño Arturo venía á reclinar su rubia cabecita sobre mi pecho, y yo jugando con sus rizos, olvidado de que

él me robaba el amor de Delfina, decía á la nodriza:

— Pronto le pondremos en el colegio, Sara, en el mejor, en el más caro. Ya es grandecito y no conviene dejarle con ustedes. Hay que educarle, y educarle bien. Cómprale nuevo calzado, que éste lleva estropeadas las punteras. Y también un traje de más abrigo. No te fijes en el precio. Y no me le tengas con tanta disciplina: déjale correr y saltar...

— ¡Si ya se le deja! — contestaba la mulata; — es él que no gusta. Lo mismo que usted le ve aquí tan formalito, es en casa. Va saliendo á usted, que ni hijo que fuera.

— Pues no, no quiero que salga, ¡no faltaba más! ¡Si yo soy muy malo!, ¿no me conoces, Sara? Aguarda un poco, que el día que yo haga una maldad será sonada... ¿Verdad, monín, que tú serás tan malo como tu tío? ¡Mira que si no eres malo no te quiero!

Acababa Sara por reirse y yo por entristecerme más cuando el niño se marchaba. Al fin, juntando fuerzas y todo el aplomo de que disponía, preparé el ánimo para ir á la tertulia, que ya mi tía me había mandado recado, y sin duda Delfina interpretaba mi ausencia como abandono del cerco y retirada vergonzosa. Volví, pues, una noche con mortales sudores, y juraría que hubo toses y siseos en la reunión, con otras demostraciones de burla reprimida, si no fuese que mi aprensivo espíritu se hallaba predispuesto á tomar el rábano por las hojas, y tal vez se aplicara lo que era simple travesura de las corrientes de aire y más obra de acatarrados que de graciosos. Afortunadamente, mi

tía Sandalia vino en mi auxilio y el tío Gaspar me saludó desde su mesa de juego:

— ¡Felices, hombre!, ¿qué es de tu vida?, ¡perdido andas!

¡Perdido! Gracias á Dios que escuchaba un piropo. ¡Eso quisiera yo, serlo! La señora Candela espiaba mi aproximación sonriendo desde el globo de su miriñaque, que cubría todo el sofá. Me acerqué menos encogido de lo que podía creerse, y al inclinarme delante de su majestad de aceros y ballenas, me dijo con picante intención:

— ¿Enfermo, eh?, grave enfermedad que ha durado ocho días.

— Y tanto — la contesté afectando el aire de Maltancito cuando refería una proeza tabernaria; — á borrachera por día, total ocho borracheras, con su correspondiente escándalo en la vía pública y el desacato á la autoridad, para desengrasar. Luego, vengan naipes y vayan pérdidas..., que no se pagan, por supuesto, y tal cual atentado contra la debilidad y la desgracia en centros sociales sujetos á reglamento. ¿Qué hacerle, señora Candelita?, así nos divertimos los jóvenes, y así nos estiman los demás y nos quieren ustedes.

El globo se estremeció todo, cual si fuera á remontarse, y el chorro de risa de misia Candela me dió en la cara.

— ¿Usted? — dijo agitando la complicada faldamenta en fuerza del mucho reir, — no me tiente las cosquillas, ¡qué ha de ser usted capaz, hombre!..

Cualquiera otra salida de misia Candela no me habría dolido ni humillado tanto como aquella. No me creía capaz de ser un calavera de alta escuela, ¡habráse visto mayor ofensa!

— Señora Candelita — protesté yo, — no me injurie usted, que á ello no da derecho nuestra buena amistad.

Y como, de pura engañifa, tomaba yo el acento trágico, ella repuso:

— Pues le creo á usted, le creeré, con la condición de que ha de referirme sus aventuras, sin omitir detalle de cualquier color que sea. Yo no me asusto de nada, porque ya soy vieja.

No me cuidé de satisfacer su malsano deseo, y á pocos más dimes y diretes picarescos, la dejé para buscar á Delfina, que andaba pensativa y con anubarrado semblante de malhumor. No estaba Maltancito, sin duda retenido por ahí á causa de alguna de las hazañas que yo en broma me había atribuído, ó de todas juntas, que para tan esforzado caballero no cabía el acometer una sola; pero no se me ocurrió que entre la ausencia suya y el displicente empaque de Delfina existiera afinidad ninguna, mucho menos cuando se desvelaron las nieblas de su carita hechicera al acercarme yo y saludarla. Y como el amor propio tiene mayores tragaderas que la credulidad, siendo él las más de las veces quien nos engaña y desorienta, en seguida me calé que aquellas brumas y el salir del sol era yo quien lo provocaba, infatuándome tanto el descubrimiento, que acabé de perder la brújula y pude

contar, si estuviera para ello, por seguro el naufragio.

Como si Delfina quisiera entontecerme del todo, se mostró más amable que nunca, y nuestra plática, bajo



... la dejé para buscar á Delfina, que andaba pensativa y con anubarrado semblante de malhumor

las cornucopias de lunas ennegrecidas por el tiempo, fué más íntima y en ella me ganó de mano en lo expresiva y en lo romántica, tocando muy discretamente los temas de mi predilección, así como al pasar y á fin de darme pretexto para que, en mi propio terreno, me despachara á placer, lo que yo hice sin mucho ruego y con largueza. Ni una sola vez mordió la borla de su